

# CIVILIZACION Y CULTURA

1.—A menudo manejamos las denominaciones de “cultura” y “civilización”, en forma indistinta, sin que hayamos tenido oportunidad de fijar su alcance y contenido. Pero el desarrollo de este estudio, y la misma claridad para la interpretación de la tesis en él expuestas, nos imponen la necesidad de intentar un análisis, siquiera somero, de tales conceptos. Así, se podrá entender también, el por qué hayamos preferido emplear más frecuentemente el término “cultura” para referirnos al complejo total de las realizaciones y experiencias humanas tanto en la esfera material como en la vida del espíritu.

No es fácil la tarea de la precisión conceptual y de la limitación de los campos que pueden cobijar estas dos denominaciones. Ni es nuestra intención el ensayar semejante esfuerzo. La controversia ha sido larga y mucho el material acumulado por filósofos y sociólogos. Vamos a contentarnos con un vistazo de síntesis.

Cuando Mac Iver se enfrenta a este ya histórico problema, empieza por esta afirmación: “Todas las cosas que el hombre hace, todas las cosas que crea —todos sus artefactos— entran principalmente en uno u otro orden”. (En el de la “cultura” o en el de la “civilización”). (1).



Dr. RAFAEL BERNAL JIMENEZ

(1) R. M. Mac Iver: Op. citada “Sociología”.

Hasta aquí no hay problema y parece que sobre este enunciado todos los pensadores se hallan de acuerdo. El problema surge cuando se trata de deslindar los dos campos y de distribuir entre cada uno de sus dominios el acervo total de las realizaciones humanas. Pero también se plantea con la pregunta de si entre "cultura" y "civilización" existen diferencias reales de contenido específico o si más bien una de ellas tiene un carácter genérico respecto de la otra, que vendría a ser simplemente una especie contenida en la primera. Vale decir, si como lo piensan algunos tratadistas y, entre ellos Oswald Spengler, la "civilización"

---

Doctor RAFAEL BERNAL JIMENEZ

Cursó estudios profesionales en la Universidad Nacional, la que le otorgó el grado de doctor en Derecho y Ciencias Políticas en el año de 1924. En la Universidad de Roma y en el año de 1932, adelantó un curso de Especialización en Derecho Penal. La Pontificia Universidad Católica Javeriana le otorgó el distintivo de Profesor titular. Es también, desde 1940, profesor de la Facultad de Jurisprudencia en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario y de la Facultad de Ciencias de la Educación. Profesor de Sociología de la Escuela Superior de Guerra. Ha sido: Secretario de la Delegación de Colombia en Suiza; Delegado de Colombia al Congreso Mundial por la Educación Nueva, de Niza; Delegado de Colombia a varias Conferencias Internacionales del trabajo en Ginebra; primer Rector Fundador de la Facultad de Ciencias de la Educación, hoy Normal Universitaria; Representante al Congreso Nacional por Boyacá; Senador de la República; Miembro de la Asamblea Nacional Constituyente; Delegado Permanente de Colombia a la Unesco, con el título de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario; Decano de la Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional y Rector de la Universidad Pedagógica Nacional. Es autor de las obras: La Educación en Colombia, He ahí el Problema, Hacia una Democracia Orgánica, La Senda Abandonada e Introducción a la Sociología Americana, Introducción a la Sociología, editada en la Imprenta del Estado Mayor para la Biblioteca de obras de la Escuela Superior de Guerra.

es una simple etapa decadente de la "cultura".

En el ensayo que Rudolf Eucken destinó a este problema, hallamos tanto la historia del término de "cultura", como la referencia a la diversidad de acepciones que le asignan algunos filósofos de lo social. (2). Kant, por ejemplo, expresa: "somos cultos en alto grado por el arte y por la ciencia, somos civilizados hasta la importunidad, hasta toda la clase de cortesías y de buenas maneras. Pero nos falta todavía mucho para creernos moralizados, puesto que la idea de la moralidad forma también parte de la cultura; pero cuando esta idea no da otro resultado que introducir una apariencia de moralidad en el amor del honor y en la urbanidad exterior, no hay ahí más que civilización".

Concepto semejante expresó F. A. Wolf en su discurso inaugural del "Museum der Altertums-Wissenschaft", quien considera a la "cultura" o alta cultura del espíritu en un plano superior a la "que debiera llamarse *pollicement* civil o civilización".

2.—Emparentado con este punto de vista está el de Oswald Spengler; solamente que éste, a la inversa de Wolf, ve en la "civilización" no la etapa precedente a la "cultura" y que es superada por esta, sino el acto final del proceso cultural, donde este se precipita hacia su decadencia.

"La civilización", afirma Spengler, es el **extremo** y más **artificioso** estado a que pueda llegar una especie superior de hombres. Es un remate; subsigue a la acción creadora como lo ya creado, lo ya hecho; a la vida como la muerte, a la evolución como el anqui-

---

(2) Rudolf Eucken, "Las grandes corrientes del pensamiento contemporáneo".

losamiento, al campo y a la infancia de las almas —que se manifiesta, por ejemplo, en el dórico y en el gótico— como la decrepitud espiritual y la urbe mundial, petrificada y petrificante. Es un final irrevocable, al que se llega siempre de nuevo, con íntima necesidad" (1).

Este concepto peyorativo y crepuscular de la "civilización" domina toda la especulación spengleriana y lo reitera, en diversas formas, a través de su obra: como ilustración histórica de tal enfoque, hace el parangón entre la "cultura" griega y la "civilización" romana. Para él, el proceso en el cual se encadenan estos dos tipos de sociedad señala un tránsito entre la noble exaltación del alma y la fría expresión del intelecto. Oigámoslo:

"Pues, ¿qué significa - lo que solo con palabras vanas cabría negar- que los romanos hayan sido bárbaros, bárbaros que no preceden a una época de gran crecimiento, sino que, al contrario la terminaron? Sin alma, sin filosofía, sin arte, animales hasta la brutalidad, sin escrúpulos, pendientes del éxito material, hállanse situados los romanos entre la cultura helénica y la nada. Su imaginación, enderezada exclusivamente a lo práctico —poseía un derecho sano que regulaba las relaciones entre dioses y hombres como si fueran personas privadas, y no tuvieran mitos—, es una facultad que en Atenas no se encuentra. Así se diferencian la cultura y la civilización" (2).

Trasladando este análisis a la llamada cultura de Occidente, Spengler parte del principio de que la civilización **pura**, como proceso histórico, consiste en una gradual **disolución** de formas ya muertas, de formas que se han tornado inorgánicas.

Este declinar de la cultura hacia la civilización se verifica en la antigüedad hacia el siglo IV, en el Occidente hacia el XIX, de nuestra era. Uno de los signos de esta degradación cultural consiste, para Spengler, en la concentración urbanística, en esa centralización del poder decisivo en tres o cuatro grandes urbes, dejando el restante territorio de la cultura reducido a la calidad de provincia: "En lugar de un pueblo lleno de formas, creciendo con la tierra misma, tenemos un nuevo nómada, un parásito, el habitante de la gran urbe, hombre puramente atenido a los hechos, hombre sin tradición, que se presenta en masas informes y fluctuantes; hombre sin religión, inteligente, improductivo, imbuido de una profunda aversión a la vida agrícola".

Estaríamos, pues, viviendo una etapa de "civilización", pero no de "cultura". Esta quedó atrás en el mundo occidental desde cuando, en el pasado siglo, se orientó definitivamente por las rutas de la sobreestimación de lo material sobre lo anímico, como ocurrió a los romanos. Así lo expresa él mismo: "La época actual es una fase civilizada no es una fase culta". Somos hombres civilizados, no hombres del gótico o del rococó. Hemos de contar con los hechos duros y fríos de una vida que está en sus postrimerías y cuyo paralelo no se halla en la Atenas de Pericles, sino en la Roma del César. El hombre del Occidente europeo no puede ya tener ni una gran pintura, ni una gran música, y sus posibilidades arquitectónicas están agotadas desde hace cien años. No le quedan más que posibilidades extensivas.

Cualquiera que sea la validez del análisis de Spengler —indudablemente tocado de sombrío pesimismo— el repone un aporte notable a la clarificación de los conceptos de "civilización" y de "cultura".

(1) Oswald Spengler. "La Decadencia de Occidente".

(2) Oswald Spencer. "La Decadencia de Occidente".

Dos puntos de examen empiezan a aparecer de las opiniones expuestas: los del contenido mismo de la "cultura" y de la "civilización", y la aceptación que tenga la afirmación spengleriana de que exista un orden de sucesión dentro del proceso histórico, entre épocas de cultura y épocas de civilización.

En cuanto a este último punto, no parece existir ningún acuerdo que justifique una conclusión válida. Spengler considera la civilización como la fase crepuscular de la cultura; por lo tanto, en el orden cronológico, la cultura precede a la civilización. Varios autores comparten este punto de vista. Así W. F. Ogburn, afirma: "La palabra "civilización" se aplica a las fases últimas de la cultura" (3). El mismo Eucken sugiere un cierto orden de precedencia cuando, al referirse a la "civilización", expone: "Si esta palabra sirve para designar todo lo que, elevando al hombre por encima del nivel de la naturaleza bruta, lo lleva al de la moralidad y la cultura intelectual, la civilización tiene que aparecer como el más alto de todos los valores y todo lo que pretenda nuestra estima tiene que basarse en ella". (4).

3.—En cuanto a los elementos constitutivos del contenido de los dos conceptos en estudio, quizá podamos hallar mayores puntos de convergencia entre las diversas opiniones. El problema se plantearía más concretamente así: ¿qué clase de realizaciones humanas deben entenderse como constitutivas del ámbito cultural y cuáles de la órbita de la civilización?

La cuestión empieza a debatirse a fines del siglo XVI cuando los filósofos contractualistas plantean el problema del tránsito entre el estado de naturaleza y el estado "civil". Esta denominación de "estado civil", es frecuente en la teoría de Rousseau sobre el origen contractual del orden de derecho. Se confronta, entonces, no una fase de la cultura frente a un estado de civilización, sino un estado de civilización frente a un estado de naturaleza (1).

Durante largo tiempo la acepción de hombre "civilizado" se contrapuso a la de hombre "bárbaro". Es decir que la "civilización" era entendida como un estado posterior de superación del estado anterior de "barbarie". A lo largo de las exposiciones de los contractualistas no aparece la palabra "cultura", pero sí, en cambio, la de "estado civil" que etimológicamente origina "civilización".

El hecho de que el empleo de esta palabra, dentro del proceso conceptual moderno, se haya acentuado para designar una etapa de transformación institucional, principalmente de carácter político, está indicando que con ella se quiso señalar ante todo los elementos constitutivos de ese nuevo orden de derecho, de autoridad, de normas sociales, en suma, de organización estatal y secundariamente los usos, costumbres y actitudes colectivas que de allí obviamente tenían que derivarse.

El tránsito del estado de naturaleza al estado civil implicaba el abandono de la barbarie primitiva, de la vindicta privada y la acción directa, de la anarquía social, del dominio del más fuerte; el reemplazo de la violencia por la ley, de la arbitrariedad por el orden, de las vías de hecho por las re-

(3) William F. Ogburn y Mayer F. Nimkoff. "Sociología".

(4) Rudolf Eucken. "Op. Cit".

(1) Ver en nuestra obra la exposición detenida sobre este debate. Libro primero. Cap. V.

gulgaciones del derecho. Que todo este tránsito se haya realizado por medio de un contrato social y que tal convenio haya tenido historicidad o no, es problema que no interesa para los fines de clarificación conceptual que nos proponemos. Lo que sí es pertinente es la referencia al sentido en que la palabra "civilización" fue anteriormente empleada. Y este sentido indica un inicial distanciamiento del concepto de "cultura".

En cambio este último aparece, en un principio, casi como sinónimo de ilustración, así no lo indica Eucken, "la denominación Kultur", sin ninguna adición, se encuentra por primera vez en Herder, de quien el mismo Eucken transcribe el siguiente trozo tomado de *Ideen zur Philosophie der Geschichte*: "Nos es lícito llamar esta segunda génesis del hombre que atraviesa toda su vida, con arreglo a la labor de la tierra, **cultura**, o bien según la imagen de la ley ilustración; pero la cadena de la cultura y de la ilustración se extiende así hasta el fin del mundo".

"Al lado de "Kultur" —tomamos a Eucken— subsiste mucho tiempo aún, hasta en Goethe, "Geistkultur" (cultura del espíritu), pero "Kultur", sin más, toma poco a poco el ascendiente. Luego, el concepto sigue una doble dirección que corresponde a las dos principales corrientes existentes en el idealismo alemán: la corriente artística y la corriente ética. En los poetas y en los humanistas predomina la primera dirección; el arte y la ciencia en su unión con la literatura aparecen aquí como los firmes sostenedores de la cultura, como la señal distintiva de un estado de cultura" (2).

Empezamos a ver más claro los linderos entre los conceptos indicados. Se esboza una aparente determinación de

los objetos y fines de las dos esferas; según tal determinación, la "cultura" extendería sus dominios sobre todas aquellas realizaciones que puedan considerarse como productos más directos del espíritu: la filosofía, la ciencia, el arte, la literatura. La "civilización", en cambio, abarcaría los campos destinados a la organización y perfeccionamiento de la vida social, instituciones políticas y económicas, y a todo aquello que va al encuentro de las exigencias materiales de los hombres.

—

4.—Dentro de esta línea de reflexiones, Mac Iver nos ofrece otro interesante aporte, cuyas ideas básicas trataremos de resumir así: Existen dos grandes áreas de experiencia y actividad humanas a las que denominaremos, respectivamente, "cultura" y "civilización". Dentro del área de la "civilización" estarían todas aquellas cosas de carácter utilitario, que se consideran como medios para otros fines: una máquina de escribir, un torno, una prensa de imprenta, una fábrica, una locomotora, un Banco. Estas cosas las usamos como instrumentos para lograr ciertas satisfacciones. Por "civilización", entendemos pues —concluye Mac Iver— todo mecanismo y organización que el hombre ha ideado en su esfuerzo por controlar las condiciones en que se desenvuelve su vida. Esto incluirá no sólo nuestros sistemas de organización social, sino también nuestras técnicas y nuestros instrumentos materiales. Asimismo incluirá la urna electoral y el teléfono, la Comisión Interestatal de Comercio y los ferrocarriles, nuestras leyes, así como nuestras escuelas, y lo mismo nuestros Bancos que nuestros sistemas bancarios" (1).

---

(2) Rudolf Eucken: op. cit.

---

(1) R. M. Mac Iver: op. cit.

Hace Mac Iver una distribución dentro del campo de la "civilización" en dos grandes sectores: la **tecnología básica** y la **tecnología social**. "La tecnología básica se dirige al control del hombre sobre los fenómenos naturales". La aplicación de las leyes de la física, la química y la biología al servicio del hombre, por la ingeniería y la mecánica. Los procesos de producción en la industria y la agricultura; la construcción de barcos, aeroplanos, armamentos, tractores, etc.; todo aquel mundo de mecanización, diríamos nosotros, que ha venido ensanchándose con el nombre del universo tecnológico.

La **tecnología social** abarcaría todas aquellas técnicas que se encaminan a la regulación de la conducta de los seres humanos y la cual, a su vez, presenta dos divisiones: "la **tecnología económica** que se refiere a los procesos económicos y a las relaciones inmediatas de los hombres entre sí en la persecución de los medios económicos, y la **tecnología política**, la cual, dentro de un orden más amplio, regula una extensa gama de relaciones humanas".

Como puede observarse, los rasgos configuradores diferenciales de la "civilización", según Mac Iver, son el carácter instrumental y el sello utilitario de su actividades.

En cambio "la cultura" tiene carácter de fin en sí misma y responde a una necesidad interna nuestra. La civilización puede suministrar los instrumentos materiales para escribir una novela, producir un drama, una pintura, una película, un juego, una filosofía, una fe, una catedral. "Nosotros damos existencia a todas estas cosas debido a que las deseamos como tales, porque su función consiste en proporcionarnos directamente, y no como meros intermediarios, algo que apetecemos o creemos necesitar. En suma, pertenecen al reino de la cultura. Es este el reino de los valores, los estilos, las adhesiones emocionales, las aventuras

intelectuales. La cultura, pues, es la antítesis de la civilización". (2).

Una confrontación en que se destacan más agudamente los términos de esta antítesis intenta Mac Iver en los siguientes enunciados: 1) La civilización posee una regla precisa de medida, pero la cultura no. 2) La civilización está siempre avanzando, pero la cultura no. 3) La civilización se transmite sin esfuerzo, pero la cultura no. 4) La civilización "se toma prestada" sin sufrir transformaciones ni detrimentos, pero la cultura no.

Es justo reconocer que el autor de esta confrontación tan radical, opina que, en veces, existen actividades que participan simultáneamente de ambos caracteres. Pero, en el fondo, creemos que es un tanto arriesgado el establecer fronteras tan abruptas entre los dos campos de "civilización" y de "cultura". Surgirán a cada paso problemas de diferenciación bastante complejos, por ejemplo: ¿la ciencia, en términos generales, en cuál campo deberá situarse? Existen ciencias, como la física, cuyo mismo carácter la llevaría al campo de la "civilización", y existen otras como la psicología, la antropología y la sociología misma, que rigurosamente reclamarían su sitio en el ámbito de la cultura, siguiendo el análisis caracteriológico en referencia. Además, si una de las notas de la civilización es la de que se trasmite sin esfuerzo y la cultura no, las disciplinas educativas (que dentro de la nomenclatura de Mac Iver, entrarían en el campo de la civilización por tener carácter instrumental y encaminarse a la regulación de la conducta humana), se transmitirían sin esfuerzo alguno; lo cual es contrario a la experiencia. Si la cultura no avanza y la civilización sí, al alto grado de perfeccionamiento de la arquitectura y la escultura en la época de la

(2) R. H. Mac Iver: op. cit.

culminación de la cultura griega y de la pintura en el Renacimiento, por el hecho de su avance, ¿entrarían en la órbita de la civilización más bien que en el de la cultura?

La multiplicación de los casos de esta naturaleza está indicando que no es fácil el alinderamiento preciso de los campos y que existen tantas zonas intermedias, tantas expresiones de carácter mixto y tantas líneas de interferencia entre "cultura" y "civilización" que nos llevan a asumir una posición un tanto ecléctica, como la más cercana a la verdad sociológica de nuestros días.

Pero las mismas encrucijadas ideológicas con que nos hallamos en el curso de esta controversia nos llevan, en veces, a formularnos ciertas preguntas: ¿"Será la "cultura" el aspecto intelectual de la "civilización" o la "civilización" podrá considerarse como la fase material de la "cultura"? ¿La "cultura" será el aspecto interno, y la "civilización" la expresión externa de las realizaciones humanas? ¿La "civilización" será el simple medio para realizar la "cultura", y, en este caso, la "cultura" será el telos o fin superiores de la civilización"?

5.—Quizá pudiera presentarse un plano de conciliación, admitiendo el punto de vista de lo que podríamos llamar el **factor predominante**. Así tendríamos una pauta más aproximada a la realidad para la calificación tanto de las expresiones particulares como del conjunto de la orientación de una época, como "cultura" o como "civilización". Si, por ejemplo, aparece que en la fabricación de las armas blancas, usadas en otras épocas (puñales, espadas, alfanjes), prevalece la simple finalidad de la eficacia combativa, tendríamos expresiones de la civilización, pero si sobre dicha eficacia utilitaria predomina la apreciación es-

tética, o sea, la línea armoniosa, la belleza en la ornamentación de los engastes y empuñaduras, tendríamos razón para considerarla como expresión cultural. Si en la construcción de un palacio dominan la técnica funcional y el cálculo económico sobre la intención estética de sus líneas, proporciones, armonioso movimiento de planos y agradable decoro de sus fachadas, se justificaría el encuadrado en el plano de la civilización más bien que en el de la cultura y a la inversa.

Llevando este criterio del factor o **sentido predominante** al orden del proceso histórico-social, se justificaría nuestra aproximación a las tesis de Spengler, que, por lo demás, no se hallan en entera contradicción con las de Mac Iver, ni con la de otros eminentes sociólogos de la cultura, de calificar como etapas de "cultura" aquellas en que los valores del espíritu y de la creación intelectual tienen preeminencia y dominio social sobre las actividades puramente instrumentales y utilitarias. Así, se entendería calificar de "cultura" la sociedad helénica y de "civilización" la romana, como se justificaría la afirmación de que la cultura occidental culmina en el siglo XIX y allí se inicia su decadencia como tal, asumiendo el sello de "civilización" con el sentido predominante materialista, utilitario y tecnológico que desde ese momento la distingue y que adquiere su más connotada expresión en el colonialismo tecnológico, en la importancia funcional y en la hipertrofia del telos económico que tipifica a la sociedad norteamericana, heredera, por trasplante, del mundo europeo.

Volviendo a los planteamientos sobre un posible orden de sucesión histórica entre etapas de cultura y etapas de civilización, sería quizá más fundada la tesis de que las técnicas instrumentales precedieron a las manifestaciones puramente intelectuales y estéticas en el recorrido de la especie.

En efecto, no es difícil aceptar que el hombre primitivo hubiese fabricado rústicas vasijas de barro de formas incipientes antes que pensase en ánforas de esbeltos perfiles y rico decorado; que las burdas hachas de sílex de la edad de piedra no ofreciesen, durante muchos siglos, un asomo de intención estética y que la desnuda caverna del troglodita fuese anterior a las pinturas rupestres de sus bóvedas y muros. Ello porque las técnicas primarias obedecían a las exigencias imperiosas de la defensa biológica, las cuales podían dar tregua a las nobles satisfacciones del espíritu. Sin duda alguna el hombre del paleolítico pensó en defenderse de las fieras y de las inclemencias atmosféricas antes que elaborar los mitos animistas. El "primum vivere, deinde philosophari" debió imperar con más fuerza que nunca en aquellos tiempos augurales de la especie humana.

El testimonio de la historia viene también en apoyo de la tesis de que el proceso de constitución de las grandes culturas está precedido por largas épocas, en las cuales las sociedades se ocupan con mayor interés en sus problemas económicos y en su organización social interna, que en la producción de altas especulaciones filosóficas o de obras literarias y artísticas. La sociedad helénica no es una excepción, su filosofía empieza a configurarse solamente hacia el siglo séptimo de la era antigua; el mayor auge de sus producciones artísticas y literarias se obtiene en el siglo V, en tiempos de Pericles; sus mismos sistemas filosóficos vienen a culminar apenas un siglo más tarde con la obra magna del Estagirita. Pero cuanto tiempo hubo de suceder antes de la estructuración de esta magnífica cultura en la que las preocupaciones predominantes no serían las artes, ni las ciencias, ni la poesía, ni el teatro, ni la filosofía, sino la agricultura, el comercio, la construcción de naves, el amurallamiento de las ciudades, la pre-

paración de los guerreros, la artesanía popular, en suma, todo cuanto los sociólogos, que hemos mencionado, incorporan en la esfera de la civilización más que en la de la cultura.

El mundo griego ascendería por esta escala tecnológica a las altas cimas de la cultura. El mundo romano, en parte heredero del helénico, emplea largas centurias en los afanes de su expansión territorial y en la consolidación del imperio; lo que toma el griego, en el orden filosófico, no son las altas especulaciones metafísicas de Aristóteles, sino la enseñanza de los estoicos postaristotélicos más acordes con la orientación pragmática naciente. Como lo afirma Spengler, los romanos son bárbaros materialmente poderosos y dominadores, penetrados de sentido utilitario y materialista. Constituyen el más duro imperialismo de su época. Conformaron una civilización, pero no una cultura.

Pero cabe preguntar ¿hacia dónde hubiese transitado, con el andar de los tiempos, esta férrea civilización romana, si su camino no hubiese sido bruscamente quebrado por el aluvión de las invasiones de los otros bárbaros del Norte? ¿No habría, quizá, seguido la misma trayectoria de la Hélade hasta culminar en una auténtica cultura? No ya como sociedad romana, mas como mundo europeo, y precisamente con el aporte de los pueblos invasores, vino siglos después a tomar relieves eminentes la cultura occidental a base del núcleo latino.

Asimismo podría pensarse, con el mismo Spengler, que el fenómeno enunciado puede tener cierta similitud en el ciclo histórico moderno: la cultura occidental tiene una preparación secular, aunque bastante accidentada, a partir de la civilización romana; culmina, dice Spengler, en el siglo XIX. (¿No se hallará su culminación entre los siglos XV, XVI y XVII, trayecto dentro del cual culminan las expresio-

nes artísticas, se inician los grandes descubrimientos científicos, se vigoriza el pensamiento filosófico y se ensancha el universo geográfico?).

En todo caso, todo indica que, a partir del siglo XIX, sí se orientan los destinos de la sociedad occidental por rumbos diversos a los que habían seguido sus destinos. Aparece la era del maquinismo y de la grande industria; los móviles de las disputas internacionales son más económicos que políticos; las guerras se dirigen a la conquista y dominación de los mercados mundiales; el utilitarismo se adueña de los espíritus. Si la órbita de los Estados Unidos del Norte debe considerarse —y ello es legítimo— como una derivación o prolongación de la civilización romana, aquí también se configura una gran imperio; es la nueva y más irradiante forma del imperialismo económico. Y por ser un universo predominante tecnológico, volcado hacia lo exterior, dominado por el mito del bienestar y el desarrollo, extraordinariamente capacitado para el perfeccionamiento de los mecanismos de producción, dueño de incommensurables recursos instrumentales, poseedor de las ciencias que se dirigen hacia la creación de instrumentos de dominio de las fuerzas de la naturaleza, por todo ello, se halla en la etapa de la civilización, mas quizá no en el de la cultura.

Pero aquí también cabe la hipótesis: si acontecimientos imprevistos, —que bien podrían ser el resultado de su misma desbocada carrera hacia el perfeccionamiento de los instrumentos de destrucción— no vienen a quebrar la ruta de su ascenso, ¿no derivará este dinámico estadio de civilización hacia una magnífica culminación de cultura que selle el ciclo de su destino histórico?

6).—Aparentemente los análisis anteriores nos estarían acercando a la

conciliación de las tesis sobre el difícil alindamiento de los terrenos de la "cultura" y de la "civilización". Y decimos aparentemente, porque lo cierto es de que la controversia continúa viva, como lo demuestra el hecho de que sociólogos de la historia y de la cultura tan eminentes como Toynbee y Alfredo Weber prescindan de tal alindamiento y empleen las denominaciones de "civilización", "sociedad" o "cultura", en su caso, para englobar dentro de ellas el acervo total del proceso tecnológico, intelectual, religioso, ético, social y científico de los diversos cuerpos históricos humanos.

Arnold J. Toynbee, emplea el término "sociedad" en su clasificación de los grandes bloques históricos humanos, por razón de su contenido tanto material como espiritual. Reiteradamente habla de la "sociedad cristiana ortodoxa", de las sociedades iraniana, árabe y siria, de la sociedad pre-indiana, de la sociedad pre-china, de la sociedad minoica, de la sociedad sumeria, de las sociedades hitita y babilónica, de la sociedad egipcia y de las sociedades andina, yucateca, mejicana y maya; sociedades que, en su conjunto, integran los diez y nueve núcleos históricos, cuya confrontación constituye el motivo central de su famosa obra "Estudio de la Historia".

Pero aun cuando Toynbee emplee esta palabra de "sociedad", al particularizar cada una de las mencionadas, cuando emprende la "comparación sistemática" de ellas, las califica como "civilizaciones". Todas constituyen órbitas específicamente diferentes unas de otras, "son todas campos inteligibles de estudio", y esta es la única nota genérica que les es común: "Las sociedades de esta especie son comúnmente llamadas **civilizaciones** para distinguir las de las sociedades primitivas que son también "campos inteligibles de estudio" y que forman, por lo demás, la otra especie dentro del mismo género.

"Nuestras veintiuna sociedades encuentran, por consiguiente, su carácter específico común en el hecho de que solamente ellas son civilizaciones" (1).

Podría pensarse, a primera vista, que Toynbee, al calificar estas veintiuna sociedades históricas de civilizaciones, reservaría para las sociedades prehistóricas el nombre de "culturas", como es frecuente entre los antropólogos, cuando para tales designaciones se basan en las técnicas instrumentales predominantes: "cultura paleolítica", "cultura neolítica", "cultura mesolítica", "cultura heliolítica", (2) etc. Sin embargo ello no es así, pues el autor del "Estudio de la Historia" es claro en asignar a ellas el calificativo genérico de "sociedades"; así lo expresa: "el número de civilizaciones conocidas es pequeño. El de las sociedades primitivas, aproximado al que nos suministran informaciones válidas, configura una lista alrededor de 650, la mayor parte de ellas aún subsistente..." Es evidente que la preponderancia numérica de las sociedades primitivas sobre las civilizaciones es asombrosa".

De todo ello se deduce, pues, que Toynbee no solamente no comparte el riguroso amojonamiento que fijan Spengler y Mac Iver, según sus respectivos sistemas, entre "cultura" y "civilización", sino que engloba el contenido conjunto de estos dos conceptos en los de "sociedad" o "civilización", indistintamente.

7).—En la introducción al estudio que, por iniciativa de la Unesco, preparó hace algunos años un respetable

(1) Arnold J. Toynbee: "Estudio de la Historia".

(2) La "cultura heliolítica", así designada por Elliot Smit, por el culto solar, se caracteriza, además, por ser un paso intermedio entre la edad de la piedra y la de los metales.

Comité de sociólogos, antropólogos y expertos en higiene mental, al iniciar el estudio de las culturas globales de algunos pueblos, hallamos la siguiente fijación del concepto de "cultura".

"Entendemos por 'cultura' el conjunto de las formas de comportamiento adquiridas que un grupo de individuos, unidos por una tradición común, trasmite a sus hijos y, en parte, a los inmigrantes adultos que vienen a incorporarse a ese grupo. Esta palabra designa, pues, no solamente las tradiciones artísticas, científicas, religiosas y filosóficas de una sociedad, sino también sus técnicas propias, sus costumbres políticas y los mil usos que caracterizan su vida cotidiana: modos de preparación y de consumo de los alimentos, manera de adormecer a los niños, forma de designación del presidente del Consejo, procedimiento para la revisión de la constitución, etc." (1).

Pitirim Sorokin, aunque alérgico a aceptar como fecundas las controversias sobre este tema, emplea la palabra "cultura" a través de sus obras para referirse al conjunto de las actividades colectivas humanas, como se desprende de su famosa tripartición de "cultura normal", "ideológica" e "idealista", en su obra "La Crisis de nuestra era".

Todo indica que en los últimos tiempos se viene acentuando una tendencia globalizadora, es decir, hacia la extensión del área de la cultura en tal forma que dentro de su vasta acepción entre también todo cuanto se ha considerado como contenido específico de la civilización. Si esta tendencia se acepta por el consenso general de los futuros sociólogos, la acepción "cultura" vendrá a adquirir categoría gené-

UNESCO: (1) "Socités, traditions et technologie". Comtes rendus d'enquetes dirigées par Margared Mead sous les auspices de la Federation mondiale pour la santé mentale". Paris.

rica, y la civilización" quedaría como una especie de ella, o sea, aquel sector de la cultura más directamente relacionado con los aspectos técnicos, instrumentales, formales, externos y materiales de la cultura.

Así parece indicarlo el hecho de que ya es muy común el uso de estas acepciones y su consagración en diccionarios autorizados de Sociología. En uno de estos, el editado por Henry Pratt Fairchild y traducido al español por T. Muñoz, J. Medina Echavarría y J. Calvo, se adopta la siguiente definición de cultura de Charles A. Ellwood:

"Nombre común para designar todos los tipos de conducta socialmente adquiridos y que se transmiten con igual carácter por medio de símbolos; por ello, es un nombre adecuado para todas las realizaciones características de los grupos humanos; en él se comprenden no solo particulares tales como el lenguaje, la construcción de instrumentos, la industria, el arte, la ciencia, el derecho al gobierno, la moral y la religión, sino también los instrumentos materiales o artefactos en los que se materializan las realizaciones culturales y mediante las cuales surten efecto práctico los aspectos intelectuales de la cultura como los edificios, instrumentos, máquinas, artificios para la comunicación, objetos de arte, etc.... Comprende todo lo que es aprendido

mediante la comunicación entre hombres. Abarca toda clase de lenguaje, las tradiciones, las costumbres y las instituciones"...

Aun cuando la enumeración es tan vasta que casi podíamos considerarla exhaustiva, no se contenta Ellwood con ella, sino que reitera la enunciación cuando más adelante, agrega: "la parte esencial de la cultura se encuentra en las pautas incorporadas a las tradiciones sociales del grupo, es decir, en los conocimientos, ideas, creencias, valores, normas y sentimientos que prevalecen en el mismo. La parte ostensible de la cultura se encuentra en la conducta afectiva del grupo, de ordinario en los usos, costumbres e instituciones"... Después de alguna otra cláusula explicativa, concluye: "Una definición completa debe comprender tanto los aspectos objetivos de la cultura como los subjetivos".

No hay nada que tenga una intención más globalizadora que esta extensa definición a la cual el único reparo que se puede hacer es su carácter demasiado reiterativo y, a veces, ciertas manifiestas peticiones de principio. Todo ello podría sintetizarse en un esquemático enunciado: **"El campo de la cultura abarca el conjunto de las realizaciones, instituciones y actitudes de la especie humana, a través de su recorrido histórico"**.

